

EL CASO VOULMINOT

"Para el rico, todas son atenuantes. Para el pobre... ya lo dijo Martín Fierro:

*«Para él son los calabozos,
Para él las duras prisiones;
en su boca no hay razones
aunque la razón le sobre,
que son campanas de palo
las razones de los pobres.»*

MONTEVIDEO

1930

EL CASO VOULMINOT

"Para el rico, todas son atenuantes. Para el pobre... ya lo dijo Martín Fierro:

*«Para él son los calabozos,
Para él las duras prisiones;
en su boca no hay razones
aunque la razón le sobre,
que son campanas de palo
las razones de los pobres.»*

**2ª. edición de 10 mil ejemplares; agotada
la 1ª. de 8 mil.**

MONTEVIDEO

1930

A MANERA DE PROLOGO

CRIMENES PASIONALES

Artículo publicado por don José Batlle y Ordóñez en "El Ideal" del 28 de agosto de 1929. En el mismo diario del 27 de octubre de 1929 se transcribe con un acápíte, del que reproducimos este bello pasaje: "Es el último artículo de Batlle. Parece como que el destino hubiera querido que la última palabra escrita de quien con tanta autoridad y tanta enjundia habló siempre sobre los más trascendentes temas, fuera una expresión de amor, de solidaridad y de bondad".

Puede decirse que todos los crímenes son pasionales. La ira, el odio, el amor al dinero, la venganza, son pasiones a veces irrefrenables. Pero se ha dado en llamar así a los crímenes en que interviene el amor o la atracción sexual.

Asimismo, hay crímenes en que intervienen estos últimos motores y que no reciben tal nombre. El robo que lleva al asesinato es, con frecuencia, un crimen originado por el amor. Con frecuencia el ladrón va en procura del dinero que necesita para complacer a la mujer amada, o para llenar sus necesidades más premiosas, o para aproximarse a ella, o para no perderla. Su propósito no es matar; pero es sorprendido y mata. La designación de crimen pasional no se aplica, pues, aunque casi todos los crímenes son pasionales, sino a aquellos en que la víctima es la persona que causa la pasión.

Hay una tendencia generalizada a mirar estos crímenes con menos horror que los otros. Se compadece no solamente a la víctima, sino que

EL CASO VOULMINOT

también al victimario. Y, a veces, más al victimario. Son, sin embargo, verdaderos crímenes. Nadie tiene derecho a atacar contra la vida de otra persona, ni a causarle grandes males, erigiéndose en juez, muy parcial, de las ofensas que median entre él y ella. Un ser verdaderamente superior debe reprimir su pasión en casos de esta especie, por violenta que sea.

La compasión popular rodea al que mata y se mata. Se conceptúa que el dolor ha llegado al paroxismo; que la razón ya no ha podido tener imperio sobre los actos. Aquellos mismos que piensan que nadie puede disponer de la vida de otro, miran con menos prevención al criminal que se ha castigado a sí mismo aplicándose la pena máxima. El bárbaro Otello nos inspira piedad.

Se conceptúa, además, en general, que la vida se había hecho imposible ya para el criminal y el pensamiento se inclina a responsabilizar a la víctima de esa situación desesperada. ¿Cómo quien tanto amaba, quien prefirió morir a verse privado de su amor, no fué también amado?

Se encierra en este modo de sentir la posibilidad y la probabilidad de un grave error. No siempre el que ama es digno de ser amado. Las pasiones más profundas las inspiran los seres más superiores, que no están obligados, por eso, a amar a aquellos a quienes las inspiran. Sin embargo, esos mismos seres superiores pueden equivocarse.

Cuando se despierta un fuerte amor, los novios se idealizan el uno al otro. Con verdadero encanto se atribuyen las más hermosas cualidades. Y, al mismo tiempo, se esfuerzan en ocultar los grandes o pequeños defectos que cada uno se reconoce a sí mismo. En el fondo de un gran amor suele haber así, un gran engaño, que puede disiparse antes o después del matrimonio. Y la mujer, por ser generalmente más joven, más inocente, más pura, con menos experiencia de la vida, es casi siempre víctima de ese engaño.

¿Tiene derecho el novio a quien se despidió a tiempo, a privar de la vida a la joven a quien no ha sabido cautivar? ¿Puede el marido, que en el curso de la vida doméstica ha revelado sus defectos, ocultos hasta entonces y, a veces, capitales, obligar a la mujer a soportarlos y negarle la liberación que la ley le concede, cuando la vida en común ya es para ella imposible? Nada atribuye al novio el derecho de imponer su interés o su pasión y, en cuanto al marido, la ley que ha creado el vínculo autoriza a la mujer a romperlo sin expresar los motivos de su acto, sabiendo bien cuán pesada

EL CASO VOULMINOT

suele ser para ella la tiranía del más fuerte, que se establece son frecuencia en la vida conyugal y cuán difíciles de explicar son los conflictos sin solución que pueden nacer entre un hombre y una mujer obligados a vivir unidos.

En tales circunstancias es inadmisibile que un hombre se erija en juez de su propia causa, abusando de su fuerza bruta y falle contra lo que la ley dispone, aplicando a la mujer la pena que no tiene reparación posible y la de mayor barbarie; pena que, además, sume casi siempre en duelo a toda una familia, y que parecería reconocer toda la razón a quien la ejecutara, si quedara impune. Para que un funcionario público hiciera abstracción en tales casos de los principios fundamentales del derecho, que consagran el respeto a la vida, sería necesario que faltase abiertamente al deber de su cargo, y, además, considerando su fallo del punto de vista moral únicamente, que haya creído penetrar en los más recónditos misterios de la vida de la víctima y del victimario, guiado sólo por los informes de éste, habiendo quedado cerrados para siempre los labios de aquélla.

Nos impresionan profundamente los dramas pasionales en que el asesino se mata a su vez. No podría aplicarse sí mismo, más grave pena. Por su mane ha desagraviado a la Sociedad, herida injustamente en uno de sus miembros. Nada queda que hacer para reprimir el atentado. Además lo repetimos, el matador nos inspira compasión. Su dolor ha sido inmenso; él lo ha juzgado sin consuelo; la perturbación de su alma lo ha llevado, no a atentar contra un semejante nada más, sino a destruirse a sí mismo. Ante tan honda conmoción nos decimos: "¡Quién sabe! ¡Tal vez fué muy culpable la víctima!" Pero nuestra protesta se mantiene en pie: nadie tiene derecho a disponer de la vida de otro; nadie puede juzgar por sí mismo, en su propio asunto, por más grande que sea su pesar. Y si el suicida no podía vivir sin la mujer querida, podía destruir su propia vida, pero no la de otro ser inocente acaso, acaso causante del mal sin medir su magnitud.

Estas mismas consideraciones y sentimientos no se despiertan en nuestro espíritu cuando, en el crimen pasional, el matador mata a su novia o a su esposa y se queda muy fresco, o poco menos, planeando tal vez una nueva agradable existencia. Entonces, todas las simpatías de los corazones bien puestos son para la mujer, ligada en vida a un hombre que era capaz de matarla y continuar viviendo. No descubrimos en el asesino la honda perturbación, la inmensa amargura del suicida. No nos senti-

EL CASO VOULMINOT

mos inclinados a atribuirle más que ira incontentida, orgullo herido. Despecho sin medida, venganza inícuo o injusticia sombría; sospechas que exige de la mujer una fidelidad no correspondida, y castiga con la muerte la falta a esa fidelidad, en la que él incurre con escasos miramientos.

Sólo una sociedad medioeval podría mirar con simpatía o con tolerancia estas sangrientas violencias. La mujer estaría siempre expuesta a la torpe furia del hombre a quien ya no pudiese amar, y ese hombre tendría un derecho de vida y muerte sobre ella, que se vería privada de la defensa de la moral pública y de la ley. Estos señores de horca y cuchillo nos harían contemplar con frecuencia el doloroso espectáculo de seres delicados y débiles, casi siempre inculpables, sacrificados al egoísmo y a la soberbia o a pasiones injustas y turbulentas.

LA MAYORIA DE LA CORTE VIOLO LA CONSTITUCION DE LA REPUBLICA PARA EXCARCELAR A UN DELINCUENTE ACAUDALADO

• La Alta Corte de Justicia, con los votos favorables de tres de sus miembros, los doctores Méndez del Marco, Guani y Miguel Martínez y la discordancia del doctor Pinto, ha decretado sin expresar por qué fundamento, la excarcelación provisional del uxoricida Voulminot.

Si desconcertante fué el acto criminal, no menos desconcertante es la actitud de la suprema autoridad judicial de la República, que libera de la prisión a un hombre que ha muerto a su esposa en momentos en que aquélla se había refugiado en la casa materna y a la que Voulminot penetró valiéndose de un ardid, revelador de que había premeditado su crimen. ¿Qué pensar de semejantes jueces?

Una suprema inconciencia de sus deberes fundamentales es la única explicación para la actitud de esos tres hombres, dos de ellos flamantes ministros empresistas, que frente al clamor social y hasta a la manifestación expresa del representante de la Sociedad, el Fiscal del Crimen, sacan de la reclusión a un criminal que sació su pasión sin miramientos para el dolor ajeno y sin consideraciones para nuestra sociedad, en la que disfruta de todos los privilegios de una elevada posición económica y a la cual debe mayor respeto de acuerdo con el elemental sentimiento de responsabilidad que a los hombres cuitos, la legislación que protege debe exigirles

La mayoría de la Corte de Justicia ha cometido así una flagrante violación constitucional que justificaría ampliamente el que fuera llevada ante el Senado a rendir cuentas de sus actos. En efecto: es un precepto constitucional el que permite a los jueces poner en libertad a los acusados en los casos en que no haya de resultar pena de penitenciaría, una vez sustanciado el proceso. Y bien, ¿quién puede concebir que el uxoricida Voulminot pueda sal-

EL CASO VOULMINOT

dar su cuenta con la Sociedad con menos de dos años de prisión? ¿Es que por arte de encantamiento puede reducirse a dos los años de prisión con que al uxoricida condena nuestra ley penal?

El Juez de Instrucción, doctor Baliñas, también creyó que correspondía la excarcelación de Voulminot. Pero ese juez tenía sobre él al juez de alzada, ante el que había apelado el Fiscal, y así se hubieran ventilado sin el insólito úkase de la Corte, dos de las causas atenuantes admitidas por el juez Baliñas debido a error en la apreciación de hechos que la acción fiscal pondría en claro fácilmente, y al olvido de las agravantes puestas en evidencia por la Fiscalía del Crimen, que el juez superior tenía que analizar y que cierran por sí solas la puerta a todo propósito, aún honrado, de favorecer al rico industrial uxoricida.

El juez Baliñas admite como atenuante la injusta provocación que aparece en el sumario atribuida a la víctima por obra de una sabia rectificación en la confesión del delincuente, quien empezó por declarar que su esposa había mantenido un absoluto silencio ante sus inculpaciones y luego, en otro instante, le atribuye una frase hiriente para su dignidad. También admite el Juez de Instrucción que Voulminot "padecía de un estado ansioso, de una acentuada hiperestesia, de un "surmenage" intelectual, es decir, que no gozaba de la amplitud del intelecto", apoyándose en declaraciones a las que el Fiscal desecha todo significado en ese sentido y que a lo sumo demuestran un estado de nerviosidad el día anterior al crimen, lo que es perfectamente lógico, y, en todo caso, no sirve más que para demostrar la normalidad del delincuente que había concurrido, como de costumbre, a la sesión del Directorio de Ferrocarriles del Estado.

Por otra parte, admite el juez una reacción inmediata de Voulminot ante las revelaciones de un chofer, cuando aparece en el sumario que desde días atrás Voulminot conocía las razones íntimas que luego determinaron el suceso irreparable.

En definitiva, cuando la Corte interviene y decreta sin fundamentos la excarcelación, era el momento en que el Fiscal del Cri-

EL CASO VOULMINOT

men hacía oír su más cálida protesta, poniendo fin a su brillante dictamen, con estas palabras despreciadas por el decreto incon-sulto de la Corte: “El procesado procedió **con serenidad, astucia y brutalidad**, sin detenerse ante normales motivos de inhibición, la indefensión absoluta de la víctima, el hogar de la suegra anciana y paralítica, la confianza que siguiendo sus propias afirmacio-nes depositaron en él las personas que le permitieron entrar, con-siderándolo como el padre que traía un mensaje de su hijo herido y que en cuanto tuvo la oportunidad, se comportó como esposo ultrajado y homicida”.

En estas frases se resume la más formidable acusación con-tra un delincuente pasional. En ellas aparecen las agravantes pre-vistas por el artículo 19, incisos 6 y 7 y artículo 17 del Código Pe-nal: abuso de confianza, superioridad de armas y fuerzas y ofensa al respecto debido para con la morada ajena. Estas agravantes debieron ser consideradas por el Juez que debía entender en la ape-lación interpuesta contra el fallo erróneo del doctor Baliñas. en momentos en que los miembros de la Alta Corte ofendieron a la Sociedad decretando sin expresar fundamentos, la libertad de quien, antes de que ellos, la había ofendido tan hondamente.

¡Triste concepto tendrá nuestro pueblo de una justicia que así desprecia sus leyes y sus más aquilatados sentimientos de res-peto a la vida ajena!

¡Lamentable revelación de una justicia que todavía paga tri-buto a la pasión desenfadada, que venga con el crimen los agra-vios amorosos, mientras el pueblo que en ella depositaba su con-fianza se ha dado la más amplia legislación divorcista, para que la civilización no tenga que avergonzarse de nosotros!

¡Inconcebible privilegio que se concede a un hombre sin otra explicación que su posición económica y alta influencia en deter-minados círculos sociales! (Publicado el 22 de Noviembre de 1929).

EL CASO VOULMINOT

II

AFIRMACIONES FALSAS

Con la adhesión silenciosa de la mayoría de la prensa — dirigida por abogados, quienes, como ya lo hemos expresado, pueden tener razones personales para no ponerse frente a la Corte — insistimos en nuestras censuras irrefutables contra la mayoría de los ministros que integran la suprema autoridad judicial, doctores Méndez del Marco, Guani y Martínez.

Esa adhesión silenciosa de la prensa, cualquiera sea la intención de los directores de periódicos, debe tener un significado clarísimo para nuestra sociedad agraviada por un decreto inconsulto. Y la preocupación que determina este comentario es la de destruir una falsa información, que en grado no despreciable, parapeta aún a los responsables del abuso de poder, que permite a un delincuente adinerado pasearse por la ciudad, a los cuatro meses de ultimar a una mujer indefensa.

La falsa información se refiere al lugar en que se cometió el delito. Según creen algunas personas mal informadas, las características del lugar en que Voulminot mató a su esposa, presentarían al criminal reaccionando violentamente ante la evidencia de una ofensa de honor. Y bien, todo eso es absolutamente falso. El delito fué cometido en la casa de la madre de la víctima. La entrada a la casa materna no era fácil para quien había reñido con su esposa, al extremo de que ésta tuvo que huir de su hogar buscando el amparo de la madre anciana. Por lo menos, el uxoricida no podía llegar hasta el refugio de su esposa, sin despertar sospechas sobre sus intenciones. ¿Cómo llegó hasta ella para matarla? Valiéndose de un engaño. Simuló la situación del padre cariñoso que olvida las rencillas domésticas para velar por la suerte de los hijos y se presentó a la casa materna, donde la víctima se encontraba hacía dos días. Hizo creer a todos que su hijo había sufrido un accidente y nadie pudo negarle la entrevista que en ta-

EL CASO VOULMINOT

les circunstancias solicitaba de su esposa.

El crimen se realizó en la finca que la familia de la víctima habitaba desde años atrás. Allí, fué reconstruído el hecho por el Juez de Instrucción. Y allí murió la madre anciana cuando, después de vivir engañada sobre lo ocurrido, logró trasladarse en su silla de paralítica hasta la pieza contigua donde fué ultimada su hija y confirmó sus terribles sospechas.

Todos esos hechos son los que agravan de tal manera el delito de Voulminot, hasta hacer indefendible, aún para los más inclinados a ello, el inconsulto decreto de la mayoría de la Corte. Por eso hemos señalado reiteradamente el silencio de la prensa y dada la modalidad de ésta en el país, lo calificamos de adhesión, de buen o mal agrado, para todas o parte de nuestras opiniones.

¿Podría creerse que si los hechos hubieran ocurrido de otra manera, dando asidero a la aplicación de una disposición legal que permite amparar a los que matan a su cónyugue sorprendido en infraganti delito de adulterio, los que intentaron la defensa de la Corte habrían guardado absoluto mutismo? ¿Podría creerse aún que el abogado que presta servicios profesionales remunerados al uxoricida, cuando salió a la prensa se habría callado el hecho más importante para la defensa de su cliente? ¿Hasta podría pensarse que nuestra palabra de protesta se alzara con tanta persistencia ante la liberación del culpable de un delito de tan diverso carácter como el realmente cometido?

Sin aceptar que nadie tiene el derecho de matar a una mujer, ni aún sorprendida en infraganti delito, no podríamos, ante un caso de esta naturaleza, censurar a la Corte, desde que ésta tiene facultades legales para considerar que tal delincuente puede ser absuelto casi de inmediato.

Pero no. Ya hemos descrito el crimen cometido por un zapatero que durante la noche sorprendió a su esposa, de la que estaba separado, en el jardín de su casa, hiriéndola mortalmente de un balazo. Fué condenado a once años de penitenciaría por el agravante del parentesco y por haberse ocultado disparando su

EL CASO VOULMINOT

arma sin que la víctima tuviera tiempo de huir o defenderse. Y hemos dicho y repetimos, que Voulminot se encuentra en idéntica situación delictuosa, desde que pesa sobre él el agravante del parentesco, y dió muerte a su mujer indefensa llegando hasta ella mediante engaños, que es lo mismo que ocultarse y tirar a mansalva, desde que quien disimula sus intenciones, y se acerca como amigo para no errar el tiro, está en iguales o peores condiciones que quien descarga su arma sin ser visto.

He ahí la razón por la que el Fiscal del Crimen acusa al liberado inconstitucionalmente por la mayoría de la Corte, de haber delinquido con "serenidad, astucia y brutalidad".

Y es por todo eso que no tienen defensa los ministros Méndez del Marco, Guani y Martínez, que el razonamiento más elemental impone a nuestro pueblo graves sospechas sobre los determinantes de la conducta de esos ministros.

A la serenidad, a la astucia y a la brutalidad con que fué cometido el crimen, según el representante de la sociedad, se agrega la sospecha de que los móviles del uxoricidio sean iguales o parecidos a los determinantes del crimen de "La Ternera". No puede decidirse ningún juez a aceptar como causa probada del delito de Voulminot la pasión amorosa, sin antes agotar toda la prueba que ha de hacerse en el sumario. Aquella sospecha se afirma en la resolución de divorciarse que la víctima había adoptado, lo que implicaba la disolución de la sociedad conyugal. ¿Por qué se ha de admitir sin discusión que móviles tan mezquinos no pasaron por la mente del uxoricida?

Si no se tiene, como tuvo la mayoría de la Corte, la firme resolución de favorecer de todos modos a quien acaba de matar a una mujer indefensa en el refugio voluntario de la casa materna, no puede olvidarse que esas sospechas tal vez puedan ser probadas y que el delito entonces sería monstruoso.*

De todas maneras, aceptando el crimen como pasional, ya hemos probado hasta la evidencia con ejemplos aplastantes, que nunca pudieron admitir los "bondadosos" ministros que la pena a que en

EL CASO VOULMINOT

definitiva será condenado Voulminot, puede ser inferior a la de penitenciaria.

Y recordando el rigor con que los delincuentes pasionales fueron condenados siempre; recordando los tristes ejemplos de dureza judicial que dan diariamente los mismos ministros Méndez del Marco, Guani y Martínez, recordando que los humildes que imploran consideración después de cumplir largas condenas, al reclamar los beneficios de la ley de 1918, son rechazados sistemáticamente por los mismos ministros Méndez del Marco, Guani y Martínez ¿cómo no creer, cómo no afirmar, que nuestra justicia tiene dos medidas, dos balanzas, para disimular con una el delito de los ricos, y para castigar con la otra las fallas de los desheredados? (Publicado el 10 de Diciembre de 1929).

III

EL PUEBLO SABE QUE LA JUSTICIA TIENE DOS CRITERIOS, SEGUN LA POSICION SOCIAL DE LOS DELINCUENTES

Rompiendo el silencio de la mayoría de la prensa, levantamos nuestra protesta contra el decreto inconsulto y agravante para nuestra sociedad de la Alta Corte de Justicia, por el que recobró la libertad el uxoricida Voulminot a pocos meses de haber cometido un crimen que nuestra ley penal castiga con una reclusión de más de doce años de penitenciaria.

La mayoría de la suprema autoridad judicial del país ha despreciado todos los preceptos, interviniendo con un acto de autoridad en el proceso, para impedir que se ventilara ampliamente el incidente excarcelatorio promovido con antelación a la visita de cárceles, y ante el que levantó con cálida palabra su más formal oposición el funcionario que en tales casos. Meva la representación social, el Fiscal del Crimen doctor Piñeyro Chain.

Nuestro pueblo se pregunta qué justicia es ésa, que encierra por largos años a los delincuentes que han ultimado a sus infelices

EL CASO VOULMINOT

mujeres, sin que en su acción pueda descubrirse otro móvil que el desenfreno pasional, condenado por nuestra legislación de pueblo civilizado; y que por otro lado, libera a quien debe probar aún cuáles fueron los móviles de su acto criminal, desde que el sumario necesita más amplia instrucción y tiene en su contra la palabra autorizada del representante de la sociedad, que lo acusa sin vacilaciones de haber procedido con “serenidad, astucia y brutalidad”.

Ese pueblo se pregunta que clase de jueces son los que disponen de su libertad y decoro, y con razón se contesta que son hombres que no merecen su confianza, que son hombres que pagan tributo a sentimientos que el país entero repudia; que no miden con la misma vara al humilde que al potentado; que hacen llegar todo el rigor de la ley a los que menos defensa cultural tienen contra las pasiones, y se muestran blandos, tolerantes, cuando delinquen los que están pertrechados de todas las armas contra los móviles criminales.

No es falso, pues, ese concepto popular de que “la justicia tiene dos criterios y dos medidas, según la posición social del prevenido”. Si ningún otro dato se tuviera, basta y sobra ese condenado decreto, humillante para todos, que beneficia al rico industrial Voulminot; mientras a cada paso la propia Corte desecha con un lacónico “no ha lugar”, las libertades anticipadas que solicitan después de haber cumplido más de la mitad de la condena, los hombres del pueblo que han violado la ley penal.

Y a todo ello agrega la Corte una imperdonable inconciencia ante el profundo mal social que producen esas impunidades, para los que desprecian la vida de personas indefensas.

El órgano empresista “El Plata”, editorializa para expresar su disconformidad ante el decreto de la Corte. Pero quiere defender a los altos magistrados de lo que califica de “miserables sospechas”, sosteniendo que no se ha cometido más que un error. ¿Podrá creer el pueblo que aquellos encumbrados ministros han de equivocarse en forma tan burda y precisamente cuando está en juego la responsabilidad de un criminal por muchos motivos influyentes, frente al

EL CASO VOULMINOT

cual la atención de los magistrados ha estado, por razones elementales que a nadie escapan, más fija que ante ningún otro delincuente? No es ello fácilmente admisible. Y no son sospechas con miserable intención las que abriga nuestro pueblo, sino conclusiones ineludibles de un juicio ampliamente fundado, las que le imponen pensar en la inconducta de los jueces a quienes está confiada la celosa vigilancia de la Justicia.

Con las salvedades que se desprenden de lo expresado, transcribimos a continuación el artículo del vocero empresista:

“EL DIA condena la actitud de la mayoría de la Alta Corte de Justicia, concediendo, contra la oposición del Fiscal doctor Piñeyro Chain, la libertad provisional solicitada por el ingeniero Voulminot, autor de la muerte de su joven esposa, suceso acaecido en el último mes de Julio.

Nos proponíamos estudiar el sumario respectivo, pero ya que se ha emitido esa opinión públicamente, queremos, sin perjuicio de cumplir tal propósito, anticipar que nuestra impresión, fundada en lo que conocemos del asunto y en los fundamentos del juicio emitido por EL DIA, es también desfavorable a ese fallo.

Es más: consideramos que el mismo procesado, que no es un hombre vulgar ni un espíritu falto de cultura, debió, con una mayor comprensión de su situación y del respeto debido a una sociedad hondamente conmovida por el hecho, fuesen cuales fueren las atenuantes de que se halla rodeado, tener la resignación necesaria para soportar un encierro provisional que no sería ciertamente muy riguroso, a la espera del fallo definitivo, evitando así el espectáculo de una libertad a los cuatro meses de realizada esa muerte, que, lo repetimos, produjo una intensa emoción social.

Pero si el procesado no supo reconocer las ventajas que una conducta más discreta hubiera tenido para él mismo, la Alta Corte debió, con la serenidad que bien podía faltar en el ánimo perturbado del uxoricida, mantenerlo en la situación en que se hallaba, reparando el error del Juez Baliñas, como pretendía el Fiscal doctor

EL CASO VOULMINOT

Piñeyro Chain. No haberlo hecho es haberse asociado a una actitud completamente equivocada y que tendrá por resultado el acentuar en el espíritu del vulgo el concepto absolutamente falso, pero aún asimismo profundamente desmoralizador, de que la justicia tiene dos criterios y dos medidas, según la posición social del prevenido.

Bien sabemos nosotros que no es así, pero, por lo mismo, nos duele que, por un error mil veces deplorable, se dé pábulo a tan miserables sospechas.

No creemos que sea, éste, un caso de juicio político, según EL DÍA pretende. No lo es porque no está comprendido en el inciso 2.º del artículo 25 de la Constitución, y porque la independencia y la integridad insospechable de los magistrados que dictaron la resolución que comentamos, doctores Martínez, Méndez del Marco y Guani, imponen respeto para ellos aún en medio de su error. Pero consideramos, sí, que convenía señalarlo, tanto para cumplir el deber que la prensa tiene respecto de los funcionarios, sea cual sea su categoría, como para impedir que el criterio público se extravíe; dando al hecho una interpretación que nuestra justicia no merece". (Publicado el 23 de Noviembre de 1929).

IV

EL POBRE Y EL RICO FRENTE A LA JUSTICIA

¿Qué confianza puede tener nuestro pueblo en una justicia que lo agravia sin escrúpulos, librando de la cárcel a un rico industrial, cuatro meses después de haber ultimado a balazos a una mujer indefensa?

Bien sabe el país que mientras el uxoricida Voulminot, rico e influyente, se pasea hoy por las calles de Montevideo, en las celdas de la penitenciaría muy caro han pagado delitos semejantes al de aquél, modestos hombres del pueblo, que no pudieron contar ni con influencias ni con dinero.

Bien sabe el país desde ahora, que la justicia tiene una doble vara; rígida, para el que delinque por pasión, pasión desnuda, sin el

EL CASO VOULMINOT

brillo de una elevada posición económica; blanda, más blanda que aquella regla de plomo en que los griegos veían un símbolo de la equidad, cuando el que mata por desenfrenada pasión, es acaudalado, con amigos influyentes, a! que todas las puertas se abren ¡hasta las de la cárcel, para librarlo del severo castigo de la ley!

La excarcelación provisional es, fuera de un límite mínimo, una facultad judicial que permite favorecer a quienes no hayan de sufrir pena mayor a la de prisión por dos años. Para conceder la excarcelación, pues, débese, en primer término, considerar que el delincuente que con ella pretenda beneficiarse, no ha de sufrir en definitiva pena mayor. Además, y por tratarse de un poder facultativo, la justicia debe considerar todos los aspectos sociales de la resolución que va a tomar. Entre ellos, por ejemplo, la situación de la familia del procesado, muchas veces abandonada en la mayor miseria; la reacción que puede producirse ante el que se incorpora a la sociedad luego de haberla conmovido con un acto delictuoso y el pernicioso efecto que produce la impunidad de los violadores de la ley penal, en el ánimo de los que sienten inclinaciones a desobedecerla.

La responsabilidad de los jueces no está escudada, para tomar resoluciones como la que ha favorecido al criminal Voulminot, en ninguna disposición taxativa de la ley. En tales casos, los jueces se encuentran frente a la sociedad y es un acto de su voluntad la que ha de defenderla, respetarla, o ultrajarla.

Si admitiéramos por un instante que el rico industrial Voulminot se encuentra en condiciones idénticas desde el punto de vista penal, a las del humilde funcionario policial que dió muerte al hombre que deshonraba su hogar mientras recibía la protección más generosa — caso que pretende mostrar en su descargo el doctor Guani, uno de los firmantes del decreto insultante para nuestra sociedad, — aún así, el ejercicio de la facultad de excarcelar presenta en favor del guardia civil muchos elementos favorables que no existen en el caso Voulminot. En efecto: el guardia civil no cuenta más que con su trabajo personal, necesario para quien viva bajo su pro-

EL CASO VOULMINOT

tección, y además las circunstancias especialísimas del hecho impiden una reacción desfavorable ante la liberación de quien se hace justicia por su propia mano, atacando tan sólo al rival, aunque la ley penal deba impedirlo por razones sociales superiores.

Pero ya hemos demostrado en un artículo anterior la imposibilidad de comparar casos fundamentales distintos, así como lo absurdo del ejemplo del duelista, que mata a su rival en el campo de honor. Ahora seremos nosotros los que presentaremos otros casos que admiten plena comparación y que esa misma justicia que hoy libera al rico uxoricida, ha resuelto, en forma diametralmente opuesta, con un rigorismo legal que para el privilegiado Voulminot se torna en blanduras y amabilidades.

Hace algunos años, J. C. G., que se sabía burlado por su esposa, hirió a ésta con “un cuchillo sin punta y una navaja mediana” — según reza en la sentencia — el día que la víctima le anunció que iniciaría el juicio de divorcio. Era un hombre que había observado buena conducta hasta el día del crimen y a quien el juez reconoce en su favor arrebatos y obcecación producidos por hechos probados de notoria mala conducta de su mujer y una hermana de ésta. Además, dice la misma sentencia: “su estado de ánimo lo prueba el hecho de que después de cometido el delito quiso suicidarse”.

Comparemos el caso Voulminot con el de J. C. G.

Voulminot utilizó un arma apropiada y ultimó a su esposa; J. C. G. usó un cuchillo sin punta y no logró más que hierirla.

Voulminot, previamente munido de un revólver, se valió de un ardid para penetrar en la casa materna de su esposa y la resolución que guió no puede discutirse; a J. C. G., según la propia sentencia, le asaltó la idea de herir a su esposa en el instante en que ésta le alcanzaba un objeto, momento en que “**colmada la medida de la paciencia**”, reaccionó.

Voulminot, después de ultimar a su esposa, tuvo suficiente tino para pensar en los intereses de su industria y hacer entrega de unas llaves a uno de sus socios; J. C. G. perdió de tal modo la serenidad, que intentó suicidarse.

EL CASO VOULMINOT

Voulminot es rico; J. C. G. es pobre.

Las diferencias son enormes entre la situación y la actitud de uno y otro delincuente.

Y bien. ¿Qué hizo la justicia con uno y con otro? ¡También son enormes las diferencias

La justicia considera que a Voulminot no ha de corresponderle pena de penitenciaría, y, sin embargo, J. C. G. fué condenado a sufrir once años de presidio por atentar contra la vida de su esposa y a cuatro años por heridas inferidas a su cuñada.

Voulminot fué detenido hace cuatro meses y hoy se pasea por las calles de nuestra ciudad; J. C. G. fué detenido el 9 de Diciembre de 1924, y aún está encerrado en una celda de la Penitenciaría.

¿Puede nuestro pueblo confiar en esos jueces que tienen dos balanzas para pesar en una la justicia de los ricos y en otra la de los pobres? (Publicado el 26 de Noviembre de 1929).

V

EL PRIVILEGIO DE MATAR IMPUNEMENTE

Para la Alta Corte de Justicia no existen diferencias entre un hombre que tiene en su favor la eximente facultativa de toda responsabilidad penal y un rico industrial que con "astucia y brutalidad" ultima a balazos a su joven esposa. Haciendo tales confusiones es posible que uno de los ministros responsables de una resolución agravante para nuestra sociedad, uno de los que favorció al uxoricida Voulminot, permitiéndole que se pasee por nuestras calles ante el asombro de todos y la indignación de quienes han sufrido por su crimen, intente defenderse ante la opinión pública.

Pero la acción judicial no puede justificarse con comparaciones habilidosas, cuando sobran antecedentes para juzgar a quienes, burlándose de todos los preceptos, utilizan el enorme poder que la sociedad les había confiado, en beneficio exclusivo de un criminal que a los privilegios de la fortuna y la cultura universitaria, une desde ahora, otro inconcebible: el de matar impunemente.

EL CASO VOULMINOT

Sobran antecedentes para que el pueblo advierta la inconducta de quienes son la garantía legal de su decoro y tranquilidad; para que el pueblo, reasumiendo su potestad primordial, que con tan poca fortuna tiene delegada en la Corte de Justicia, juzgue a su vez a quienes olvidan el origen del poder que detentan y lo agravian sin miramientos.

Un hombre que hasta hace pocos años observó una conducta intachable, y aportó su esfuerzo modesto a la sociedad, también se dejó arrastrar por la pasión, e intentó matar a su esposa. La hirió con un cuchillo sin punta, demostrando con ello el extravío que movía su brazo y luego intentó suicidarse, colmando así toda prueba de la obcecación que lo llevó al delito. Ese hombre está en la cárcel desde el año 1924, condenado a once años de penitenciaría.

Ya hemos comparado ese caso con el del rico industrial que mata con arma apropiada, que procede con astucia, que conserva toda su serenidad para ocuparse de sus intereses, y a quien la Corte de Justicia libera de la prisión a los cuatro meses de cometer su crimen.

He ahí un antecedente que nuestro pueblo sabrá utilizar para medir la enorme injusticia y el inconcebible desprecio que para la ley y la sociedad encierra el decreto liberatorio del criminal Voulminot.

Recordaremos otro caso en que esa justicia, tan blanda para el rico, condenó con todo rigor a un delincuente pasional.

Un artista de variedades dió muerte a su amante en una pieza de la pensión en la que ambos se alojaban, en momentos en que aquélla escribía una carta al rival del criminal. Para cumplir su intento, del mismo modo que Voulminot, se munió de un revólver, el artista había puesto ese día en uno de sus bolsillos una navaja, en circunstancias que el veredicto considera como indudables para aceptar la premeditación.

Oigamos la severa palabra de la justicia para juzgar al artista humilde — delincuente primario, igual que Voulminot — tan distinta de las suaves palabras con que esa misma justicia da la orden de

EL CASO VOULMINOT

que se abran las puertas de la cárcel al delincuente rico.

“Considerando: Que las proposiciones segunda y tercera (del veredicto), demuestran que existe en pro del encausado la causal de atenuación prevista por el inciso 5.º del artículo 18, desde que no es discutible, debió producirse en su espíritu un arrebató obcecante, al vez a su antigua amante dirigirle a otro nuevo una carta amorosa... Pero dentro de la materialidad de la definición legal... **no puede darse a esa causa pasional una atenuación mayor que la permitida por la ley**, que reserva una atenuación más alta en tales preceptos, para los casos en que el impulso de pasión se funda también a la vez en un motivo de justicia, como fluye de las locuciones, provocación **injusta** o impulso de un **justo** e intenso dolor. **Y aquí, evidentemente, no es justo y sí solo natural y obsesionante, como humano, el impulso que movió a G. a dar muerte por un amor... no es por eso menos culpable que el que acciona por cualquier otra pasión, la de avaricia, por ejemplo, cuando lleva al robo.** Luego, legal y **moralmente** no cabe ni debe darse a esa atenuación otro valor que el de un grado... “Y haciendo una apreciación genérica que tiene aplicación estricta al caso Voulminot, agrega la sentencia: “...por su condición impulsiva y pasional cabría fuerapreciado con una mayor benignidad de la que permite una ley demasiado casuista y poco elástica, — ¡la misma ley que hoy nos rige! — que da siempre un valor igual a las circunstancias atenuantes...”

Fué así como se juzgó la pasión de un hombre humilde; y con las agravantes de la premeditación y la alevosía, y sin la agravante que tiene Voulminot por dar muerte a su mujer legítima, esa misma justicia que pone en libertad al rico industrial, condenó al artista pobre a 23 años de penitenciaría

La Corte de Justicia ha intervenido directamente en la causa del penado G. en cuatro oportunidades, después de haber sufrido éste doce años y medio de cárcel.

Acogiéndose a los beneficios de la ley que permite conceder la libertad anticipada a todo penado que haya observado buena conducta y teniendo en cuenta los antecedentes, (naturalmente, los an-

EL CASO VOULMINOT

teriores al acto delictuoso, porque la pena se ha dictado apreciando todas las demás circunstancias agravantes), el penado G. solicitó cuatro veces su excarcelación.

El Fiscal de Corte aconsejó en todos los casos en que fué solicitada y, sin embargo, desde que integran la Corte, **los mismos doctores Guani, Méndez del Marco y Martínez que hoy excarcelan a Voulminot a los cuatro meses de cometer el crimen, le han negado sistemáticamente la liberación al que desde el 17 de Mayo de 1917 sufre todo el rigor de la ley en una celda de la Penitenciaría!**

¡Oh jueces implacables con los deheredados; y blandos y amables con los millonarios! (Publicado el 27 de Noviembre de 1929).

VI

REPLICA A LA DEFENSA DE UN INTERESADO

Nuestra acusación contra la Alta Corte de Justicia no ha podido ser rebatida por ningún órgano de la prensa. A la adhesión de unos se ha unido el cómodo silencio de los otros. Pero un órgano de la tarde trasmite ayer, por segunda vez, la defensa que del decreto agravante de la Corte hace otro de los interesados en que el pueblo no advierta la enormidad de la excarcelación de un criminal, condenado por la ley a pena de penitenciaría, a los cuatro meses de iniciado el proceso.

El abogado Agustín Ruano Fournier, que presta en forma remunerada sus servicios profesionales al criminal excarcelado — y que desde ahora es su defensor, después de haber actuado como amanuense del doctor Freitas, — defiende a su cliente desde la prensa, aunque sostiene que las causas criminales no deben ventilarse en el periodismo. Fuera de este renunciamento, en el que ya ha caído el doctor Guani, vencidos los principios de conducta de éste por una amable invitación, el abogado Ruano Fournier inicia su defensa periodística del que recibe sus servicios remunerados, calificando nuestros argumentos de “apasionados e inexactos”. Si los argumentos desinteresados, que se apoyan en la sentencia del Juez de Instrucción y

EL CASO VOULMINOT

en la apelación del Fiscal, debidamente compulsadas, y que tienen por fin defender a la sociedad de un decreto agravante, son “apasionados e inexactos”, ¿qué calificativo merecen los argumentos de un abogado que sale a la defensa pública de quien ha de pagarle su trabajo profesional?

Ante el juicio del pueblo, a quien nos hemos dirigido en nuestra campaña periodística contra la resolución inconsulta de la suprema autoridad judicial, ese defensor interesado, si no pone pasión honesta como la que atribuye a nuestra prédica, pondrá cálculo, que es peor; y en cuanto a inexactitudes, hace afirmaciones de tal naturaleza, que si es cierto que conoce bien el expediente, pueden calificarse de falsedades repudiabiles.

Trataremos ahora de seguir suscintamente al abogado del criminal Voulminot en su pobre defensa periodística.

No hemos negado que para una resolución “prima facie” dejara de haber pruebas en el sumario, como afirma el señor Ruano, aunque no estamos seguros que se refiera a nuestras afirmaciones por lo confuso de la expresión “lo que se ha dicho”, que emplea. Pero sí hemos dicho y repetido que el sumario requiere aún amplísima instrucción y que no era comparable el caso de la excarcelación del guardia civil que tenía acusación fiscal, lo que implicaba una total sustanciación del proceso, con un sumario que aún no ha sido puesto de manifiesto, es decir, que aún no ha salido de la dirección exclusiva del juez instructor, quien, al admitir declaraciones ofrecidas por un pariente de la víctima, no hizo más que cumplir con su deber.

Si el Fiscal del Crimen no ha hecho ninguna observación sobre la cantidad de la prueba, ha dicho, en cambio, que con la que hay basta y sobra para impedir el agravio que la Corte hizo a nuestro pueblo, el agravio que defiende ahora el abogado de un criminal acusado por el Fiscal de haber procedido “con serenidad, astucia y brutalidad”. Y hemos sostenido, como sostenemos, que la Corte ha librado a “quien debe probar aún cuáles fueron los móviles de su acto criminal, desde que el sumario necesita más amplia instrucción y tie-

EL CASO VOULMINOT

ne en su contra la palabra autorizada del representante de la sociedad...”

En cuanto al pretendido surmenage del uxoricida, dice el abogado que su estado hiperestésico “está **absolutamente demostrado** con testigos y su propio médico, el doctor Estapé, que lo vieron **continuamente durante los cinco meses anteriores al hecho**, y ,por fin, por las personas que estuvieron con él la tarde antes en la sesión del Directorio de Ferrocarriles...”

Si tal hecho estuviera **absolutamente** probado, el Fiscal tendría que aceptarlo. Y bien: el señor Ruano se guarda muy bien de decir que el Fiscal lo rechaza con toda energía. Pero para hacer tal afirmación, no sólo calla la opinión fiscal el defensor novel de Voulminot, sino que afirma lo que no es cierto, pues no todos los miembros del Directorio notaron nervioso a Voulminot, — y estar nervioso cuando se está por cometer un crimen, no es sufrir surmenage, — sino que uno de ellos declara que no notó nada anormal. En cuanto al doctor Estapé no declara que asistió por surmenage al uxoricida, y como dice el Fiscal, sólo una vez hablando de la salud de la víctima, el criminal le expresó que sentía cierta depresión nerviosa. A esto quedan reducidos estos hechos “absolutamente” probados para el defensor periodístico y judicial del uxoricida.

No conforme con tales inexactitudes, comete una falsedad evidente. Quiere presentar la conformidad fiscal a la pretendida afirmación de que sólo mediaron veinte minutos entre la primera noticia, que aparece, transmitiendo el chofer del criminal, y el acto delictuoso. Sin embargo, es el Fiscal quien sostiene que la nerviosidad de Voulminot en la sesión del Directorio durante el día anterior al crimen, se explica porque el criminal ya vivía bajo la obsesión que lo llevó al crimen.

Y en cuanto a la aseveración del Juez Baliñas, de que Voulminot reaccionó ante una frase de la víctima pronunciada instantes antes de su muerte, también es rechazada por el Fiscal, quien destaca el valor de la declaración primera del uxoricida, donde atribuye a la víctima un obstinado silencio.

EL CASO VOULMINOT

Todo el resto de la defensa gratuita que el defensor de Voulminot hace de la Corte, apenas merece comentario. Cabe, sí, señalar que es una novedad risueña la afirmación de que los Códigos derogan la Constitución de la República. Por eso es que tan sólo le es posible afirmar al abogado Ruano Fournier que, mientras los jueces están sujetos al artículo 164 de la Constitución, la Corte no está limitada en su acción por tal artículo, como si los miembros de la Corte no fueran jueces y al Poder Judicial no se dirigiera nuestro constituyente.

Si el artículo 370 del Código de I. Criminal habla de la excarcelación bajo fianza o caución “cualquiera sea la naturaleza del proceso”, la Constitución exige que sean causas criminales de las que “no haya de resultar pena de penitenciaría” y es por ello que la Corte ha violado la Constitución con su decreto inconsulto.

El abogado defensor ha empeorado la causa de su cliente ante la opinión pública con sus declaraciones, ya que sólo sirven para probar que la única manera de que se defienda la libertad de aquél en la prensa es por boca de los interesados más directos. (Publicado el 28 de noviembre de 1929).

VII

UN CASO DE SEVERIDAD JUDICIAL PARA QUE LA OPINION PUBLICA COMPARE Y JUZGUE

No sólo la prensa tiene el deber primordial de ventilar ante la opinión pública los actos todos de la justicia; sino que tiene la obligación fundamental de censurar los desmanes judiciales, velando así por el prestigio de la institución y no por el prestigio personal de los jueces, que tanto parecen interesar a los diarios empresistas.

Hicimos ayer un paréntesis en nuestra irrefragable demostración de la injusticia y agravio que encierra el fallo por el que se libera al rico industrial Voulminot, para contestar a quienes insisten en considerar a los miembros de la Corte como semidioses

EL CASO VOULMINOT

incapaces de pecado, y se alarman porque, ante los hechos aplastantes que vamos poniendo en evidencia, la opinión pública condena tan extraño procedimiento de distribuir justicia.

Voulminot, muy rico y con grandes vinculaciones sociales, mató a su esposa y se pasea por las calles de Montevideo a los cuatro meses de cometer el crimen; otros uxoricidas desprovistos de bienes de fortuna sufren largas condenas en la Penitenciaría. He ahí el hecho fundamental, que no solo es innegable, sino que ni es posible explicarlo en forma satisfactoria. ¡Que se nos presente un solo caso de uxoricidio cometido por un hombre humilde, a quien sin la eximente del infraganti delito, se haya liberado con tanta premura de las sanciones severísimas de la ley!

En cambio, es abrumador el número de casos en que la justicia, esa justicia, blanda con el rico industrial, ha hecho sentir todo el rigor de la ley sobre los hombres del pueblo que con una indiscutible obcecación, producto de la pasión amorosa, dieron muerte a sus mujeres.

Ya hemos afirmado reiteradamente que el sumario del uxoricida y rico industrial necesita amplia instrucción, porque deben probarse los móviles que lo llevaron al delito. ¿Pasión amorosa, mezquinos intereses materiales? ¿Puede acaso afirmar nuestra justicia lo primero, sin temor de equivocarse? ¿No puede haber una mezcla imprecisa de ambos móviles, que hagan más temible al criminal liberado? Sin embargo, ya hemos visto a la prensa abrir opinión sin vacilaciones con motivo del sonado asunto de "La Ternera", sobre los móviles de ese crimen. ¿Y quién puede ahora opinar definitivamente sobre los móviles del crimen de Voulminot, antes de conocer la verdad legal contenida en el veredicto del jurado popular que entienda en el asunto? Pero hoy es un ministro de la Corte, luego el que presta sus servicios profesionales remunerados al criminal, los que salen a la prensa a hablar de crimen indiscutiblemente pasional. Esto debe probarse o, por falta de pruebas de lo contrario, declárase improbable; pero no es con un acto inconsulto de la Corte que paraliza el trá-

EL CASO VOULMINOT

mite ordinario de una excarcelación, en contra de la cual se levanta la airada protesta del Fiscal, — representante de la sociedad — que se ha de dar opinión anticipada de la menor peligrosidad de un delincuente por haber actuado impulsado por una pasión amorosa.

Criminales sobre los que no ha caído la sombra de la mínima sospecha de una pasión mezquina, que han matado por amor, desconociendo la ley que obliga a respetar la vida ajena, sufren en la cárcel largas condenas. Pero un criminal que rectifica sus declaraciones, atribuyendo a su víctima en una, obstinado silencio, y en otra revelaciones hirientes; que se vale del engaño para penetrar en la casa de una anciana paralítica, que luego muere abrumada por el disgusto; que se pertrecha de un arma apropiada para matar y que mata a una mujer indefensa cuando ésta no ha salido aún de la sorpresa que le produce la noticia de que la vida de su hijo corre peligro; a ese criminal, nadie le discute la intención y las puertas de la cárcel se abren para que vuelva a la sociedad a disfrutar de todos los privilegios que ésta brinda a los hombres que respetan sus leyes.

Un anciano, italiano, de profesión zapatero, también mató a su esposa de un tiro de revólver, en noviembre de 1925. Las circunstancias que rodean el hecho recuerdan en muchos aspectos el crimen de Voulminot. El viejo zapatero estaba separado de su esposa desde hacía meses, habiéndose iniciado el juicio de divorcio. La noche del suceso, “penetró silenciosamente a la casa de su mujer y sin ser sentido por ésta y los moradores, le hizo a ella un disparo de revólver y luego hizo dos más en circunstancias en que su hijo... se interpuso pacíficamente entre la víctima y el victimario...” A su mujer le infirió una “herida que le causó la muerte”... hiriendo a su hijo levemente, pues “curó en menos de veinte días” según el veredicto. En éste se hace constar también, que el criminal “observó buena conducta con anterioridad al delito que se le imputa”.

Oigamos la voz severa de la justicia, hoy tan dulce para juz-

EL CASO VOULMINOT

gar al rico industrial:

“Que según las proposiciones del Jurado, el prevenido, no se sabe si estimulado por sentimientos humanos nobles o por intereses materiales, dió muerte a su mujer C. B. de R. alevosamente, descargándole un tiro de revólver **en circunstancias en que la víctima no podía oponer defensa alguna** y adoptando a la vez precauciones que tendían a asegurar su perverso designio homicida, pues no otra cosa se infiere del hecho de haber penetrado a la casa de la víctima silenciosamente, para luego descargar su arma contra su mujer”. (La ocultación física no es muy distinta de la ocultación de intenciones como la que permitió a Voulminot el acceso a la casa de la madre de su víctima, donde se había refugiado ésta y que impidió también a la víctima, todo intento de fuga o defensa)... Después de tomar en cuenta la herida inferida al hijo del criminal, continúa la sentencia: “es necesario admitir que no armaron el brazo homicida mezquinos intereses materiales, **sino móviles más elevados ...**” Estamos, pues, frente a un crimen que la justicia considera pasional, como a “prima facie” se considera el de Voulminot. Veamos ahora lo que dijo el doctor Méndez del Marco, en esa oportunidad severo juez, hoy blando ministro de la Corte y firmante del decreto de liberación del rico industrial uxoricida, sobre la alevosía del delincuente, y la pena que aplicó:

“Considerando que la calificante de la alevosía surge del hecho... ya que el prevenido — que hacía unos tres meses que no iba a la casa de su esposa, de la que estaba separada de cuerpos — penetró silenciosamente al jardincito del frente de dicha casa, y sin ser sentido por su esposa, le hizo un disparo de revólver,hiriéndola mortalmente en el tórax.

La desprevenición de la víctima y la ocultación física del victimario al tiempo del atentado, son las circunstancias que configuran por modo claro la predicha calificación del homicidio”. (Voulminot también ya vivía separado de su esposa y sino físicamente, se ocultó psicológicamente, por lo que su víctima estaba tan desprevenida como la víctima del zapatero juzgado por Men-

EL CASO VOULMINOT

dez del Marco, en esa época presidente del Tribunal de Apelaciones de 1.er turno).

Y bien. Teniendo en cuenta la herida leve inferida al hijo del zapatero, juzgando el crimen como pasional y alevoso, si se compara con el crimen de Voulminot y se considera que la Corte acepta que a éste tal vez corresponda una pena inferior a dos años ¿a cuántos años se pudo condenar al humilde zapatero? ¿A tres? ¿A cuatro? ¿A diez?

...¡No, el doctor Méndez del Marco y los demás miembros del tribunal lo condenaron unánimemente a sufrir veintiún años de Penitenciaría!

¿Tiene o no, dos medidas, dos balanzas, la justicia en que hemos depositado nuestra tranquilidad y decoro? (Publicado el 30 de noviembre de 1929).

VIII

LA SOCIEDAD INTERROGA A SUS JUECES

¿Por qué los mismos miembros de la Corte, que sin piedad desechan las solicitudes de libertad anticipada, que formulan los delincuentes pasionales después de haber cumplido diez o doce años de condena, otorgan la libertad de un rico industrial a los cuatro meses de ultimar a una mujer indefensa?

¿Por qué el mismo juez Méndez del Marco* condena a veintiún años de cárcel a un humilde zapatero de sesenta y nueve años de edad por dar muerte a la esposa, y considera que al acaudalado uxoricida Voulminot no puede condenársele a dos años de prisión?

¿Por qué el mismo juez Méndez del Marco sostiene en la sentencia de un uxoricida que "no hay que perder de vista que el crimen fué cometido abusando de la superioridad del sexo, de la fuerza y de las armas, sin que la víctima tuviese la más leve probabilidad de poderse defender", y frente a Voulminot no se fija en la misma superioridad de fuerzas y armas para que ello no impida una excarcelación a tambor batiente?

EL CASO VOULMINOT

¿Por qué el mismo juez Méndez del Marco, hoy tan blando, consideraba en esa sentencia que siete años de penitenciaría, pedidos por el fiscal, constituían una pena “benigna, aún aceptando en favor del reo las tres atenuantes” probadas en el veredicto; e insiste en que esa pena es benigna, “porque dichas circunstancias de atenuación están compensadas con el aumento de tres grados en la pena que establecen los artículos 318 y 19, N.º 6”... es decir, las dos agravantes que pesan, entre otras, sobre Voulminot: su carácter de esposo legítimo y la superioridad del “sexo, de las fuerzas o de las armas”

No es posible contestar satisfactoriamente ninguna de estas preguntas. Sin embargo, es la sociedad que interroga a sus jueces para que den satisfacción de su conducta.

Severos ayer con los hombres del pueblo, desposeídos de toda influencia; blandos hoy con un rico industrial que dispone de una cuantiosa fortuna, esos jueces no han podido justificarse hasta ahora frente a la opinión pública. ¿Qué debe creer nuestro pueblo?

Ni la mayoría parte de la prensa, dirigida por abogados, ni aún el único órgano que intentó defender a la mayoría empresista responsable de la libertad del rico industrial, han podido dar explicaciones del decreto agravante de la Corte.

Cuando el vocero mayor y más representativo del empresismo, quiso atribuir a error la libertad del criminal, salió a la prensa uno de los firmantes del decreto a desautorizarlo, sosteniendo que se había procedido con todo conocimiento de causa.

Mientras tanto, la sociedad, agraviada y alarmada, tiene en su seno a un criminal para quien el fiscal, que la representa, pide que se mantenga la reclusión, después de juzgar que Voulminot ha delinquido con “serenidad, astucia y brutalidad”. Y nadie puede justificar ante esa sociedad los móviles del agravio; y ni siquiera se admite la posibilidad de un error que debe repararse.

Avivando las sospechas, aparece ahora un nuevo antecedente acusatorio contra la mayoría de la Corte. Es la doctora Martorell que no acierta a explicarse la libertad otorgada a su defendido,

EL CASO VOULMINOT

el mismo guardia civil que el doctor Guani presentaba como un ejemplo en su defensa. Esa abogada no había pedido la libertad del homicida, pero éste, contra quien pesa una formidable acusación fiscal, tiene noticias de que su libertad es necesaria como antecedente y la solicita. Y la Corte la concede para luego respaldarse en ella cuando aparecen las primeras acusaciones. ¡Es más, a la propia defensora se le dice por quienes conocen bien las influencias que se mueven ante la justicia — esa justicia a la que están confiados los más sagrados derechos — que es necesaria la excarcelación de aquel hombre humilde para beneficiar al rico industrial!

Se necesita el antecedente; pero se olvidaron los terribles antecedentes de severidad que tanto abundan en los archivos de los juzgados. Se olvidaron de los decretos denegatorios de libertades anticipadas que han dictado los mismos que hoy decretan la libertad de un acaudalado uxoricida y que ya hemos aportado como pruebas aplastantes de la inconducta de los jueces acusados.

Para que puedan establecerse comparaciones más concretas y la sociedad esté en condiciones de juzgar sin vacilaciones a quienes la humillan en lugar de distribuir justicia, también aportaremos el caso de otro guardia civil contra el que, el 11 de setiembre del año en curso — cuando no se pensaba en buscar antecedentes — esos mismos miembros de la Corte descargaron todo el peso de su severidad.

En el año 1917, en Sarandí Grande, un guardia civil dió muerte a su concubina. Hacía siete días que ésta lo había abandonado para vivir con un compañero de trabajo del criminal. El día del suceso, a los celos del guardia civil, se unieron el agravio de ser despedido del empleo por haber reñido en el local de la comisaría con su rival, y el de encontrar a su ex amante escribiéndole a éste una carta.

¡Sin la agravante con que la ley castiga a los que matan a sus esposas legítimas, como el caso Voulminot, fué condenado a sufrir veintiún años de penitenciaría, a pesar de tenerse en cuenta las tres atenuantes con que se pretende explicar la libertad del rico industrial, vale decir: la pasión obsesionante, la buena conducta anterior

EL CASO VOULMINOT

y la presentación espontánea a la autoridad.

Y bien. Ese humilde guardia civil hace ya doce años que está preso. Cuando en marzo del año pasado cumplió la mitad de su larga condena, intentó obtener los beneficios de la libertad anticipada, que por ley corresponde a todos los que con buenos antecedentes, hayan observado una conducta irreprochable en la cárcel. La Dirección de la Penitenciaría informó que el ex guardia civil había observado — ¡durante doce años! — un ejemplar comportamiento, trabajando como motorista en las canteras de la Unión.

El Fiscal de Corte opinó ante ésta que debía conceder la excarcelación a quien tantas pruebas había dado para merecer la rehabilitación social. La Corte de Justicia, rechazó el pedido. — Lo rechazó esa vez, en abril del año pasado; volvió a rechazarlo en setiembre del mismo año. Nuevamente lo desecha en diciembre; en marzo de este año lo vuelve a rechazar; en julio insiste en su negativa a pesar de que a todos esos pedidos se agregan nuevos informes favorables de la Dirección de la Cárcel y que el Fiscal de Corte sigue aconsejando la libertad insistentemente. Por último, no hace aún dos meses, con los mismos elementos favorables, los doctores Méndez del Marco, Guani y Martínez firman el decreto en que por sexta vez se le niegan al humilde guardia civil los beneficios que una ley le acuerda expresamente.

Y ahora, al que la ley castiga; al acusado por el Fiscal de haber cometido su crimen con “serenidad, astucia y brutalidad”, esos mismos ministros inelementes con los humildes son los que abren las puertas de la cárcel al potentado que hace unos meses mató a su esposa y con su crimen ocasionó la muerte de la anciana madre de la víctima.

Repudiemos a esos jueces que así veján a un pueblo tan respetuoso de la justicia y que trabaja afanoso porque ella presida toda su legislación social. (Publicado el 3 de diciembre de 1929).

EL CASO VOULMINOT

IX

¿ES ESO JUSTICIA, QUE TAL NOMBRE MEREZCA?

En estos últimos días, la Corte de Justicia, esa misma Corte que agravió a nuestra sociedad liberando a un uxoricida castigado con pena de penitenciaría, a los cuatro meses de estar en situación de procesado, ha denegado treinta y siete pedidos de liberación condicional solicitada por penados que ya han cumplido más de la mitad de sus condenas.

¡Es severa la Corte con quienes carecen de influencias y de fortuna!

Por esas negativas reiteradas, según se ha podido ver en casos concretos que ya hemos citado, en la Penitenciaría se encuentra comprometido el fundamental apoyo para la disciplina carcelaria. Los penados, en efecto, tienen un aliciente enorme para enmendarse, sabiendo que observando una conducta irreprochable en la cárcel y lo mediando en su contra antecedentes que pongan en duda su rehabilitación, pueden obtener la liberación después de cumplir la mitad de la pena que les ha sido aplicada por esa justicia que tan severa es siempre con los hombres humildes y hoy se muestra blanda y generosa con un potentado.

Sin embargo, la Corte de Justicia se apoya en una interpretación muy propia — y como tal severísima — de la ley de liberación condicional, minando la disciplina carcelaria, mientras interpreta a su antojo las atenuantes imaginarias de un crimen, que todavía no puede afirmarse que haya sido pasional, sin importarle que con su conducta fomenta el crimen proclamando la impunidad de los violadores de la ley penal.

Si a ello se agrega que para obtener un antecedente favorable, ha liberado también a otro delincuente, se robustece el convencimiento popular de que la justicia apoya sus fallos en motivos extraños a la ley y que todo delincuente puede abrigar la esperanza de violarla dos veces: para cometer el delito y para burlar su castigo. Todo dependerá a la postre de las influencias con que cuenta el criminal.

EL CASO VOULMINOT

¡A tal extremo hemos llegado! ¿Es eso justicia, que tal nombre merezca? Si alguna duda asalta al espíritu, basta echar una mirada a las condenas de veinte y más años que sufren los que han muerto por amor, ya a sus queridas, ya a sus esposas, ya a sus rivales. Triste decepción sufre quien con ojos ingenuos ha mirado siempre esos castigos como fatal sanción de la ley que esa justicia se quita la venda clásica para mirar con benevolencia a un acaudalado por cuya culpa se han perdido dos vidas. ¿Quién puede decir hoy cuántas veces la venda se ha quitado; cuántas veces tras la condena de veinte años para el delincuente humilde, se han abierto las puertas de la cárcel para liberar a un criminal con influencias? No lo sabemos, pero ya toda la confianza se ha perdido. Pero sí sabemos que en un caso que conmovió a toda la sociedad, la mayoría de la Corte paralizó el trámite regular de una excarcelación imposible, importándosele un ardite de la airada protesta del representante de la sociedad; demostrando la más condenable indiferencia hacia un pueblo conmovido aún por intenso drama y hacia una vasta familia sumida en doloroso luto, decretó la libertad de un acaudalado, después de haber rechazado los pedidos de quienes sin sospechar los móviles que los guiaron, dieron muerte a sus mujeres y ya han purgado su delito con diez y doce años de cárcel!

En Fray Bentos, hace cuatro años, un pobre hombre fué engañado vilmente por su protegido. Consiguió a éste trabajo en el frigorífico de aquella localidad y le dió alojamiento en su propia casa. Junto a su mujer y sus tres hijos, llevó al amigo infiel. Soportó por algún tiempo el ultraje; pero reaccionó cuando tras ese inmenso agravio, su rival le asestó unos golpes de puño. Entonces, tras la agresión, apoderóse de un arma y dió muerte al que mancillaba su honra.

La justicia no ve en ese hombre vencido por la traición más que la atenuante de la cólera por la agresión injusta, y lo condena a sufrir siete años de penitenciaría. Y bien. Cuando cumplió la mitad de la condena, inició gestiones para obtener los beneficios de la libertad anticipada, y también los doctores Méndez del Mar-

EL CASO VOULMINOT

co, Guani y Martínez, los que hoy liberan a Voulminot ante el asombro de todos, se la han negado por dos veces.

Sin embargo, ese hombre que cuando delinquiró era analfabeto y había cometido un pequeño hurto; hoy, según la expresión del maestro de la cárcel, en un informe, “ha aprendido a leer y escribir, destacándose como uno de los alumnos más aplicados” y además ha dado una prueba innegable de su rehabilitación moral, pues, encontrando un día cierta suma de dinero mientras efectuaba la limpieza, la entregó de inmediato a la Dirección de la cárcel.

Nada dice eso a los severos ministros. Sigue siendo temible a los cuatro años de condena el humilde peón; mientras en cuatro meses de encierro, el rico industrial que mató a su esposa ya puede reincorporarse a la sociedad cuyas leyes ha despreciado.

No hay explicación para tales hechos. Desde la venalidad, sobre la que no existen pruebas, hasta la ineptitud o el fácil tributo a las influencias, todas las sospechas pueden asaltar al ánimo más desprevenido. Sin embargo, esa justicia dispone de la felicidad de todos; y mientras ayer libera a un potentado, hoy rechaza treinta y siete pedidos de excarcelación formulados por quienes ya han cumplido más de la mitad de sus condenas.

Y cuando mañana, se dé noticia a los esperanzados presos de que sus pedidos han sido desestimados, el que dió muerte a su mujer con “astucia y habilidad” se paseará por las calles de Montevideo. Para él, rico, las leyes no existen; para esos treinta y siete humildes hombres del pueblo, se aplican con todo el rigor de que son capaces esos encumbrados ministros. (Publicado el 4 de diciembre de 1929).

LA LEY PARA... LOS DESHEREDADOS

X

Son ya abrumadores los hechos expuestos para demostrar la severidad con que la justicia ha juzgado a humildes hombres del pueblo, cuya delincuencia, en muchos casos, es de naturaleza me-

EL CASO VOULMINOT

nos alarmante que la del rico industrial liberado a los cuatro meses de delinquir.

La mayoría de la Corte ha violado la Constitución, ha proclamado la impunidad para los criminales adinerados y ha ofendido hondamente a nuestra sociedad. Con nuestra protesta contra tanta arbitrariedad y tanto desprecio por la ley y el pueblo, va unida la amargura de los que sufren largas condenas por delitos afines al de Voulminot y el incontenible dolor de los que en la cárcel pasan largos meses y hasta años mientras esa justicia blanda con los ricos no llega a la certeza de que los pobres han herido en defensa propia o han sido acusados injustamente.

Duros, inclementes, fríos ante la desgracia de los desheredados, aquellos ministros interrumpen un día el trámite regular de un juicio, impiden que el representante de la sociedad haga sentir todo el peso de su autorizada palabra; y despreciando el dolor de una familia que ha perdido a dos de sus miembros e importándoseles muy poco de la sociedad, entera que aún vive bajo el peso seles muy poco de la sociedad entera que anú vive bajo el efecto del impresionante crimen, excarcelan a tambor batiente a un acaudalado uxoricida, que aún debe probar si se movió por la pasión amorosa o por móviles de otra naturaleza.

Cuatro meses de detención preventiva bastan para el rico que da muerte a su esposa; muchos años, diez, veinte, deben estar encarcelados los pobres que, extraviados por fuertes pasiones, ultiman a sus amantes.

Cuatro meses de detención bastan para el acaudalado que mata; veamos lo que hace la justicia con el que tan sólo hiere a su esposa.

Hace unos cuatro años, un analfabeto de oficio zapatero, vivía separado de su mujer porque ésta le había iniciado juicio de divorcio. "A pesar de las gestiones de divorcio — dice el veredicto en que se basa la sentencia — el procesado, personalmente y por intermedio de otras personas, requirió de su mujer el restablecimiento de las relaciones conyugales..." Ante reiteradas negativas,

EL CASO VOULMINOT

el delincuente profirió amenazas de muerte, sin que pueda afirmarse que haya premeditado su delito; según la propia sentencia. El día del suceso, al encontrarse accidentalmente con su esposa (no fué a buscarla a su propia casa con engaños, como hizo el uxoricida liberado) tuvieron un cambio de palabras.

Fué así como el zapatero analfabeto infirió varias heridas a su esposa.

·Era la primera vez que delinquía; tenía hábitos de trabajo e hirió movido por una pasión obsesionante que desde tiempo atrás guiaba todos sus actos. El doctor Méndez del Marco, integrante del tribunal que lo juzgó, a pesar de las atenuantes reconocidas en el veredicto, no olvidó que sobre el hombre que había intentado matar a su mujer, pesaba la agravante del vínculo conyugal y lo condenó a sufrir cinco años de penitenciaría! ¿Cómo olvida ahora la misma circunstancia agravante, cuando el esposo que no hiere, sino que mata, es rico e influyente?

Podríamos creer que aquella sentencia tan severa para el heridor se hubiera mitigado al cumplir el zapatero analfabeto la mitad de su condena. Peno no. A los dos años y medio aquel delincuente ya había aprendido a leer y escribir, no obstante las dificultades de su lengua materna, porque es italiano; había observado una conducta calificada de "muy buena" por la dirección de la cárcel; y sin embargo, la Corte, con la intervención de dos de los que hoy liberan a Voulminot, Méndez del Marco y Martínez, le denegó los beneficios de la libertad anticipada. Fué necesario que transcurrieran más de cuatro años para que se la concedieran...

He ahí un caso que da a nuestro pueblo, escandalizado ante la liberación de Voulminot, sólida base para apreciar cuál es la pena mínima que los doctores Méndez del Marco, Guani y Martínez consideran que debe sufrir el que sin premeditación ni alevosía y además impulsado por ciega pasión, hiere a su esposa.

¡Jamás podrán justificarse ante ese mismo pueblo, pues, quienes al rico industrial que mata, y según el Fiscal, mata con "sere-

EL CASO VOULMINOT

nidad, astucia y brutalidad", tan solo consideran que puede corresponderle una pena inferior a dos años de prisión!

El 8 de julio del año que viene vence la pena de quince años que le fué aplicada a un delincuente de nuestra campaña. Su delito es el del perseguido por la justicia, que muchas veces con la complicidad del vecindario, vive al margen de la ley durante muchos años y pelea, con la policía cuando es descubierto. Fué severamente castigado.

La ley existe para los desheredados y se le aplicó inflexiblemente al gaucho rebelde. Pero ya han transcurrido catorce años y cinco meses desde que las puertas de la cárcel se cerraron tras él. Sin embargo, los beneméritos jueces, los blandos ministros que ante el acaudalado uxoricida hacen callar las protestas del Fiscal y desprecian la opinión pública, niegan todavía la libertad anticipada, al que sólo le faltan seis meses para cumplir su larga condena, después de haber observado durante casi tres lustros una conducta irreprochable!

¡Justicia, rara justicia, que no tiene un gesto de conmiseración para el desamparado, a quien la propia ley permite proteger; y que derrocha sus buenos oficios en favor del homicida rico e influente! (Publicado el 5 de diciembre de 1929).

XI

LAS REVELACIONES DE UNA ABOGADA. — VEINTE AÑOS DE PENITENCIARIA SUFRE UN DELINCUENTE PASIONAL

La mayoría de la Corte no ha vacilado en agraviar a nuestro pueblo. Despreciando todos los intereses sociales, pretendiendo desconocer el repudio que hacia el crimen pasional ha demostrado hasta la evidencia nuestra legislación moderna, desoyendo la Constitución, importándosele un ardite de la autorizada palabra del representante social, la mayoría de la Corte quiso favorecer a un delincuente adinerado. Olvidó que esa sociedad no aceptaría en si-

EL CASO VOULMINOT

lencio tanto agravio. Olvidó que la prensa pondría en evidencia la inconducta de los ministros que formaron esa mayoría.

Desgraciadamente, no toda la prensa ha vibrado al unísono con la opinión popular. Unos atribuyeron error el decreto inconcebible y luego se encerraron en reverente mutismo; otros callaron para luego salir en defensa de la Corte, negando importancia al asunto... Finalmente, hubo hasta quienes se negaron a sí mismos facultades y conocimientos para opinar en su asunto judicial!

Razones tendrán todos los abogados que dirigen esos órganos silenciadores de la arbitrariedad judicial, para no acompañar nuestra protesta, para no reconocer públicamente la evidencia de nuestras aplastantes demostraciones y para no compartir la general reacción contra el abuso de poder — un verdadero atentado — que ha cometido la mayoría de la Corte de Justicia. Sin embargo, de los entretelones de ese cuerpo que pretendió presentarse tras el decreto inconsulto como una imparcial distribuidor de justicia, ha aparecido una revelación trascendental formulada con toda valentía por una distinguida abogada. ¿Tampoco sugiere nada a los defensores más o menos silenciosos de la mayoría responsable, esa revelación de que la Corte, con premura inexplicable, desoyendo un pedido fiscal de once años de penitenciaría y la declaración de la defensora de que no conocía bien el proceso, pone en libertad en procura de un precedente al guardia civil homicida que llevaba un año de reclusión?

En nada beneficia a la Corte ese silencio de los demás, cuando desde nuestras columnas se formulan cargos de tanta gravedad y se demuestran con ejemplos irrefutables. No es posible ocultar al pueblo la significación de los hechos que hemos puesto en evidencia. Y nuestros propósitos se han cumplido, porque ya está en plena discusión pública la conducta reprochable de la mayoría de los integrantes de la Corte. Quienes hayan olvidado sus deberes, o quienes, como malos defensores, se hayan conformado con que no se acuse abiertamente a los ministros Méndez del Marco, Guani y Martínez de venales, dejando en pie todas las sospechas que surgen ante la

EL CASO VOULMINOT

liberación inexplicable de un delincuente acaudalado, no han podido disminuir en nada la resonancia del decreto inconsulto y a lo sumo han quedado en tela de juicio sus propias actitudes.

Pero si se han cumplido nuestros propósitos, y a la vez hemos cumplido nuestro deber periodístico, insistiremos aún en lo demostración de la reprobable actitud de esos hombres en quienes nuestro pueblo ha depositado su libertad y decoro. Afirmaremos más aun en el concepto público el repudio por aquel agravante decreto, y la verdadera misión del periódico frente a los actos del poder judicial que, escudándose en el tecnicismo, se ha pretendido siempre, y se pretende todavía, presentar como inabordables al comentario público.

Esa falsa doctrina debe caer con tanto estrépito, como cayó la pretensión de intangibilidad casi divina con que desean actuar los ministros culpables de abuso de poder.

Así es que, frente a la liberación del acaudalado uxoricida, seguiremos presentando otros casos de humildes hombres del pueblo condenados a largos años de penitenciaría por delitos afines y hasta de menor trascendencia.

La justicia militar se caracteriza por su rigor extremado. El código que aplica contiene, en efecto, disposiciones severísimas. Pero la ley de liberación anticipada de 1918 pone en manos de la Corte un resorte legal para mitigar con criterio más moderno la penalidad de origen militar. Sin embargo, presentaremos un caso en que la Corte aplica la estrecha medida que tiene reservada para los pobres que matan por pasión, mientras se apresura a interrumpir los procedimientos regulares para que impere la ternura que tiene reservada a los acaudalados.

Un soldado, con antecedentes irreprochables, entre los que se cuentan nueve años de servicios militares con la aprobación de sus superiores, fué engañado por su amante, abochornándolo ante sus compañeros, desde que en la misma casa de inquilinato donde vivían otros soldados del mismo batallón, se unió a otro compañero del delincuente. A la mortificación se unió una causa más para que el sol-

EL CASO VOULMINOT

dado víctima de su pasión, no vacilara en llegar hasta el crimen. El día en que encontró a su concubina instalada en la pieza del otro, y como consecuencia de su ofuscación, llegó tarde al cuartel, castigándosele por primera vez en nueve años, con reclusión en el calabozo.

Al día siguiente su ex amante concurrió al cuartel a ver a su rival y se sentó en un banco junto a otras mujeres. El soldado resolvió entonces vengar el abandono, acicateado por las disimuladas burlas de sus compañeros. Dirigióse entonces al armero del cuartel, y se munió de un fusil con el que dió muerte a su ex compañera.

Fué condenado a veinte años de penitenciaría.

La Corte, la blanda Corte que liberó a Voulminot a los cuatro meses de haber muerto a su esposa y ocasionó el fallecimiento de la madre de la víctima, intervino en la causa cuando el soldado homicida había cumplido once años de su condena. Sin antecedentes delictuosos, con buena conducta observada en la cárcel, la Corte podía liberar condicionalmente al humilde soldado. ¿Acaso lo hizo?

No. La Corte consideró, con el fiscal, que se trataba de un "delito sumamente grave" — ¡y eso que el soldado no se valió de engaños para ultimar a una mujer, ni tiene en su contra la agravante del parentesco que pesa sobre Voulminot!

Los mismos que liberaron al rico industrial — Méndez del Marco, Guaní y Martínez — culpable de grave delito, no consideraron suficiente castigo once años de penitenciaría para el soldado sin influencias ni fortuna, que aún continúa en la cárcel mientras el adinerado industrial se pasea por las calles de nuestra ciudad!

He ahí lo que nuestra justicia entiende por "grave" delito cuando el que delique es pobre de solemnidad. (Publicado el 6 de Diciembre de 1929).

XII

"EL PRIMORDIAL DERECHO A LA VIDA"

Ante el silencio general aún se levantan nuestras censuras contra la Corte de Justicia. Después de cometer ésta un abuso de poder incalificable, nada ha hecho por reparar el agravio inferido a

EL CASO VOULMINOT

la sociedad y necesario es, pues, que la opinión pública forme un juicio acabado sobre la conducta de la Corte.

El público ha tropezado con la difusión de ciertos hechos falsos que nuestra acción periodística aún no ha podido eliminar totalmente. El hecho falso más importante es el divulgado sobre el lugar en que fué cometido el delito. Se dijo, y aún encontramos personas que así lo creen, que el rico industrial Voulminot dió muerte a su esposa en una casa que por su propio destino acusaba una conducta irregular por parte de la víctima.

Todo eso constituye una burda invención. La víctima se encontraba en la casa materna cuando su esposo le quitó la vida. Y no estaba allí accidentalmente, sino que desde hacía dos días se había refugiado en la casa de su madre a consecuencia de los hechos determinantes de la tragedia.

Quienes para salir de su error necesitan elementos de juicio ajenos a nuestras afirmaciones, disponen de los siguientes:

El delito fué reconstruido por el juez sumariante en el mismo lugar donde se cometió, es decir, en una pieza de la casa en que la madre y otros miembros de la familia de la víctima habitaban en la avenida Larrañaga, desde hacía unos cuatro años. Si esto no fuera exacto, el Juez Baliñas, a quien hemos censurado como responsable del error inicial en el incidente excarcelatorio, ya nos habría desmentido.

El abogado Ruano Fournier, que presta servicios profesionales remunerados al uxoricida excarcelado, también nos hubiera desmentido cuando utilizó la prensa para defender el abuso cometido por la Corte. Igual caso hubiera hecho el ministro de la Corte, doctor Guani, cuando también utilizó la prensa para defenderse de nuestras censuras.

Los argumentos del Fiscal del Crimen, que acusan al uxoricida de haber cometido su delito con "brutalidad, astucia y serenidad", se apoyan en el mismo hecho desvirtuado por la divulgación absurda de una circunstancia favorable para el acaudalado delincuente. El Fiscal al oponerse a la resolución del Juez Baliñas, expresa ter-

EL CASO VOULMINOT

cuenta, según expresa el veredicto, “obró bajo el impulso de la cólera, producida por los celos **provocados** por su amante”.

Oigamos la voz de la “justicia”: “... al determinar en concreto el grado de delincuencia del procesado, debe juzgarse que **es menester aplicar sanciones represivas severas, no sólo por la gravedad intrínseca del delito que hiere el primordial derecho a la vida, sino también por la forma brutal de su ejecución y hasta por haber obrado el agente en circunstancias que si no configuran la premeditación y alevosía, integran patentemente la agravante constituida por el ataque realizado en condiciones en que el ofendido no puede desplegar en su favor ninguna defensa**”.

Compárense estas declaraciones con las acusaciones del Fiscal del Crimen en el caso Voulminot. Poca diferencia existe; y si la hay, es en perjuicio del victimario acaudalado.

Brutalidad, astucia y serenidad en la acción que impidieron toda defensa o fuga a la víctima; todo eso existe en contra de Voulminot, sin que podamos reconocer en su favor todavía que obró exclusivamente movido por los celos.

Sin embargo, ¿qué se hizo con Voulminot? A los cuatro meses de delinquir estaba en la calle. (Publicado el 28 de Diciembre de 1929).

XIII

HERRERA SALAZAR Y VOULMINOT

Faltan tan sólo seis días para que Benigno Herrera Salazar cumpla la mitad de la larga condena, que la justicia, hoy tan amable con los ricos, le impuso hace más de siete años.

Veamos qué palabras llenan la carátula del expediente carcelario, de aquel débil mental que hirió al arzobispo Aragone el 18 de Junio de 1922.

Nombre: Benigno Herrera Salazar.

Causa: Homicidio frustrado.

Condena: Quince años.

EL CASO VOULMINOT

minantemente que el lugar donde fué cometido el delito coloca en peor situación al criminal. Transcribimos sus palabras “El procesado procedió sin detenerse ante normales motivos de inhibición, la indetenición absoluta de la víctima, el hogar de la suegra, anciana y paralítica, la confianza que siguiendo a sus propias afirmaciones depositaron en él las personas que le permitieron entrar, considerándolo como el padre que traía un mensaje de su hijo herido (un embuste) y que en cuanto tuvo la oportunidad, se comportó como esposo ultrajado y homicida”.

Con los elementos de juicio indicados, no creemos que una sola persona pueda dar crédito a aquel hecho denigrante para la víctima, no sólo divulgado en beneficio del rico industrial homicida, sino utilizado para defender a la Corte, — en forma privada, pero siempre eficaz, — de los cargos formulados desde estas columnas.

Aún más. Un hecho posterior culmina trágicamente el drama, que por ciertos antecedentes creemos que tal vez tenga una gran analogía con el crimen de “La Ternera”. Es la muerte de la anciana madre de la víctima después que logra trasladarse en su sillón de paralítica hasta las proximidades de la pieza donde se ultimó a su hija. Fué así como la anciana madre logró saber el triste destino de la hija refugiada en su casa, después de haber vivido engañada algunos días, creyendo en un viaje precipitado. Esto último determinó que el sepelio de la víctima se efectuará en las primeras horas de la mañana, mientras la madre se encontraba aún en el lecho, y que las visitas de duelo se recibieran en la casa de una hermana de la víctima, hechos que también fueron explotados por la maledicencia para robustecer la afirmación de que el delito se había cometido en una casa que por sí sola explicaba la actitud del criminal.

La necesaria aclaración previa que hemos formulado nos conduce a comparar, con el delito de Voulminot, el delito cometido por un modesto trabajador, castigado severamente por esa justicia que hay abre las puertas de la cárcel a un delincuente acaudalado.

El 26 de Octubre de 1921, L. L. G. dió muerte a su amante en la casa de inquilinato de la calle Ejido, en que habitaba. El delin-

EL CASO VOULMINOT

Fecha de ingreso: (a la Penitenciaría) 8 de Junio de 1926.

Id de salida: 17 de Junio de 1937.

¿Se necesita algún comentario para conocer la dureza con que los jueces castigaron al heridor del arzobispo? No. Basta que se pongan frente a esa terrible lápida judiciaria las palabras con que la mayoría de la Corte de Justicia ha llenado hoy esa especie de carnet liberatorio, con el que Voulminot logró abrir las puertas de la Correccional. Y frente al homicidio frustrado, es decir, frente a lo que expresa que el que quiso matar no logró más que herir, póngase homicidio consumado, es decir, que el que quiso matar, lo logró, ultimando a una débil mujer sorprendida con engaños en el refugio de la casa materna. Y frente a los quince años que median entre 1922 y 1937, póngase los cuatro meses que estuvo el rico industrial después de haber muerto a su esposa y ocasionado el fallecimiento de la anciana madre de la víctima.

La dureza de ayer y la blandura de hoy, entran por los ojos con sólo comparar las fechas y los resultados de ambos delitos. Y nuestro puebló no necesita más ejemplos aplastadores para medir en toda su amplitud el decreto agravante por el que la mayoría de la Corte decretó la libertad de un homicida; algo peor aún, de un uxoricida: el que mata a su esposa.

Y bien que ha apreciado el agravio nuestra sociedad. Sus voceros, los periódicos, aún los que por razones políticas — ya que son empresistas dos de los que integraban la mayoría responsable — podrían tener interés en disimular el grave abuso de poder; o los que por la situación de sus directores, en su mayoría abogados, pueden tener la precaución de no malquistarse con la Corte, han adherido silenciosamente, o apuntando breve comentario a la acción de nuestro diario. Es más. Una revista popular, en la que los hombres buscan amenas lecturas, expresa con viril palabra ese repudio unánime para quienes, burlando las leyes, han favorecido al potentado que penetró mediante engaños al hogar de la madre de su esposa y sembró la tragedia, causando la muerte de dos seres.

“Tinta China”, tal es la revista, expresa así ese repudio de to-

EL CASO VOULMINOT

dos, bajo el título “El caso Voulminot”:

“La Alta Corte de Justicia se ha ganado una buena rechifla pública, por su excepcional complacencia con un delincuente adinerado: el ingeniero Voulminot, matador de su esposa y a quien ha concedido, graciosamente, la libertad condicional, antes de que se pronunciara el veredicto sobre ese crimen.

No entraremos a considerar las faces, jurídica y constitucional, de esa inusitada actitud de nuestro primer organismo judicial, estudio que, por otra parte, ha sido ampliamente realizado por nuestro colega EL DIA, que en tono valiente y con riqueza de información y de criterio penal, ha defendido los fueros de la sociedad agraviada por aquella resolución.

Nos limitamos a destacar el hecho, bien penoso y humillante para nuestra democracia, de que el supremo instituto judicial de la República da la impresión de que en este país los más graves delitos pueden quedar impunes si quien los comete posee riquezas, influencias y buenos “padrinos”...

En una nación como la nuestra, cuya legislación ofrece tan eficaces soluciones para los más graves conflictos domésticos y para las más violentas disparidades de la convivencia conyugal, no puede encararse con ese criterio ancestral y primitivo el derecho del varón a disponer de la vida de su compañera, como dueño absoluto e indiscutible...”

Sabido es que como antecedente favorable a la excarcelación del delincuente adinerado, figura una resolución del juez instructor, en que tanto apoyo buscó el abogado que presta sus servicios profesionales remunerados al homicida.

¿En qué pudo basarse ese juez y luego la mayoría de la Corte, para considerar que al que mató a su esposa en la casa materna, impidiendo la huida, para lo cual se valió de un embuste, no pueden corresponderle ni dos años de prisión? Aunque parezca mentira por lo absurdo del caso, dos atenuantes fundamentales deciden en el cómputo de la penalidad la formidable rebaja que de 15 años queda convertida en menos de dos! Son esas dos atenuantes — descontadas.

EL CASO VOULMINOT

Y mientras contra Voulminot se alza la severa palabra fiscal, y puede ponerse en duda hasta el propio móvil del crimen; en favor de Herrera Salazar se hizo oír la autorizada palabra del doctor Furriol, miembro del Tribunal, entonces, que se negó terminantemente a aplicar ninguna clase de pena, por considerar que el procesado, según dictámenes periciales, era “un anormal psíquico, en grado excluyente de imputabilidad delictuosa”, y que el propio delito cometido revelaba “una concepción delirante, propia de quien había permanecido dos meses recluso “por presentar síntomas de alienación mental”.

Así, condenado a quince años de penitenciaría y respaldándose en la dureza de la ley se “hizo justicia” al desheredado y débil mental, hoy, la suprema autoridad judicial de la República, se ríe de las leyes y de la sociedad, y con la manga ancha reservada a los ricos, libera al privilegiado de tan indiscutible robustez mental como indiscutible robustez económica...

Para el rico todas son atenuantes. Para el pobre..., ya lo dijo Martín Fierro.

“Para él son los calabozos,
para él las duras prisiones;
en su boca no hay razones
aunque la razón le sobre,
que son campanas de palo
las razones de los pobres.”

(Publicado el 11 de Diciembre de 1929).

